

Espaderos y espadachines

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

EL TOLEDO FABRIL

Toledo, la imperial ciudad sumida en sueño profundo, cataleptico, secular y acaso definitivo, fué durante la Edad Media una de las más activas del orbe. Nadie adivinaría, ante el imponente silencio actual, el hervidero de energías fabriles que allí se agitó. Dos eran las principales industrias: la forja de espadas, de crédito universal por su temple, y la fabricación de indumentaria litúrgica y ornamentos eclesiásticos, fastuosas dalmáticas, magníficas casullas y capas pluviales (hay más de ochocientas, de un valor inestimable, en los viejos arcones de las sacristías); cálices, patenas, vasos sagrados, donde tallistas y grabadores famosos—Borgoña, Berruguete, Arfe, Diego de Valdivieso, Lainez, Julián Honrado y cien más—daban eterna forma plástica a los conceptos del dogma. A la riqueza de los materiales—oro, seda, pedrería—uníase la delicadeza de la ejecución, el primor en los engastes, la trama sutil del tejido. Setenta y ocho mil perlas, aparte la profusión de brillantes, topacios, rubíes, esmeraldas y amatistas, ostenta el estupendo manto de Nuestra Señora del Sagrario, regalo de monarcas y reinas de todas las naciones, de altas dignidades de la Iglesia, de incas, aztecas y moros, de conversos magnates, guerreros, navegantes y epónimos o fundadores de remotos pueblos. La goda urbe surtía de magníficos ternos a los celebrantes más fastuosos del universo católico. Los templos de Jerusalén y de Italia, de casi toda Europa y, sin excepción, de toda América adquirían en Toledo los ornamentos del culto y los atavíos talarés. Ambas industrias, una mística y pacífica, la otra trágica y camorrista, daban ocupación a más de ciento cincuenta mil obreros y geniales artífices. Y así se explica la leyenda latina esculpida en uno de los pilares de la catedral: "labor ubicumque" (en todas partes hay trabajo). Nada resta de aquella colmena humana. En cualquier obra descriptiva de la antigua ciudad hallaréis un lamento alusivo al eclipse casi total de tan fecundo industrialismo. El silencio es profundo, sólo interrumpido por el quedo y suave paso del arqueólogo que circula por atrios y claustros, investigando en las piedras el secreto de las edades pretéritas.

El problema social y urbano de Toledo es verdaderamente conmovedor. La ciudad no se puede renovar. Apenas se intenta poner una piedra nueva entre las viejas, surge un alarido estético de todos los amantes

de la tradición. Es una ganga ser propietario toledano. En cuanto trate de cambiar una puerta de su casa se verá cubierto, en nombre del arte, por una sarta de improprios. Por aquella puerta, ¡quién no lo recuerda!, salió Turismundo cuando su hermano Teodorico lo degolló no bien le tuvo al alcance de su chafarote. ¡Tocar aquella puerta venerable! Historiadores, arqueólogos, literatos y todo linaje de artistas vigilan desde los "bares" y "cabarets" de Madrid por la intangibilidad de Toledo. El concepto romano de la propiedad tiene allí una limitación: no se puede cambiar nada. En realidad, la imperial capital no es de sus propietarios: nos pertenece a todos los españoles, que no admitimos renovación alguna en su venerable vetustez. Extendido a todo el Universo este ideal inmutable, la Humanidad vivirá bajo escombros.

LA MATERIA PRIMA

Los argonautas que surcaban en frágiles bajeles piélagos ignotos, los audaces exploradores de misteriosos desiertos, los capitanes de los tercios de Italia y de Flandes, todos los aventureros o simples camorristas, blandían espadas de Toledo. El acero templado en el Tajo refulgía en todos los continentes.

Lo primero que llama la atención es que surgiese la industria espadera en un punto donde faltaba la materia prima: el hierro y el acero. Muy lejos de Toledo se hallaban las incipientes actividades siderúrgicas. De Mondragón y Udala, especialmente, lugares del remoto Pirineo, iba el metal en bruto, que la industria toledana transformaba en finas hojas homicidas. Ello nos demuestra que lo principal en el desarrollo de la fabricación de espadas, estoques y puñales no es el acero, sino las ganas de pelear, el ambiente belicoso o, por lo menos, pendenciero. Es más fácil llevar el acero adonde exista esta atmósfera social, que trasladar este espíritu trágico adonde se produzca el acero. Aunque estuviese llena de este duro metal la región de los ángeles, nunca surgiría en ella la industria de las armas cortantes. En Toledo todo se resolvía a estocadas: política, religión, amor, viso social, predominio de linajes. La competencia entre el rito muzárabe y el gregoriano se ventiló en un duelo personal. Problema en sí tan pacífico como la forma de rezar, era objeto de mandobles y cintarazos. La más alta virtud era el valor, aunque se pusiera al servicio de todo lo contrario de la

virtud. Obtener patente de bravo en Toledo equivalía a serlo en todo el Universo. Y así se explica que acudiesen de todas partes los guapos a lograr en sus calles y plazas la reválida de bravura, cifrando su orgullo en ser el héroe de una "noche toledana". Copiosa era la inmigración de jaques y temerones, confundiendo con los que ponían el valor en más años empeños. En toda la ciudad imperaba un ambiente de osadía desatentada y turbulenta. Las mismas tumbas existentes en los templos revelan en sus epitafios el coraje declamatorio de la época: "Yace encerrado en este sepulcro Sancho, héroe de la grande y generosa sangre de Rojas." "Aquí yace el muy esforzado don Fernando." "Este bulto es del muy temido don Enrique." En todas las losas de claustros y capillas se ven inscripciones y rótulos imponentes, alusivos al ímpetu tremendo de la fiera que abajo duerme.

La espadería tenía que florecer y prosperar en un medio de tal naturaleza. Múltiples son las conjeturas eruditas sobre el origen de la industria. Parece que la primera noticia procede de Gracio-Falisco, en su poema "Devenatione", citado por Ovidio con este comentario: "Ima toledano proecingant illa cultro." Salgamos de esta noche de los tiempos y limitémonos a sentar que Abderramán II, en el siglo nono, contribuyó a fomentar la vieja industria. Pero fué en el siglo XVI, coincidiendo con el auge vigoroso y expansivo de España, cuando las fraguas de Toledo y las ruedas de amolar alcanzaron su máximo esplendor chisporroteante.

Como en todas las industrias de la Edad Media, el mayor individualismo regía en la elaboración de las espadas. Este régimen es añorado por no pocos sociólogos modernos, que ven en las grandes concentraciones fabriles el origen de todas las perturbaciones económicas que sufre el mundo.

Casi todos los espaderos tenían sus fraguas en la calle de las Armas, larga y estrecha, remedo de los dominios de Vulcano. Al estrepitoso martilleo y la viva luz del enjambre de chispas, de las caldas y del acero rusiente, ha seguido en aquellos portales la oscuridad y el mutismo. De estos zaguanes, ahora fríos, lóbregos, sumidos en un silencio tétrico, salieron las armas que una raza de energía extravasada, hoy casi imbele, blandiera por todos los puntos del planeta, imponiendo, a la vez, férreos dogmas y leyes humanitarias. Por eso el juicio del mundo se divide ante nuestra Historia en impugnadores furiosos y apologistas entusiastas. No hay indiferentes frente a nuestros anales estupendos.

Timbre de gloria de cada espadero era lograr que fuese afamada su marca, impresa a buril sobre la cazoleta. Desde luego, el hacer hazañosa una espada, más que del artífice, dependía del cliente, del matamoros, conquistador o paladín. En el espíritu del espadero el anhelo de lucro estaba sustituido por el ideal de inmortalidad. Esta aspiración movía su martillo y el disco de afilar. Su mayor ilusión era merecer el título de espadero real, armar al rey. Ello suponía para el espadero cubrir de gloria a su linaje por toda la eternidad. Estos elevadísimos estímulos llevaron la indus-

tria, el arte, mejor dicho, a un grado de perfección y belleza imponderables. Cada espada era una joya; la pura nitidez del brillante tenía la hoja; hilado por hadas parecía el torzal de hebras de oro; los gavilanes, la cazoleta, el pomo, la empuñadura toda era un prodigio de ejecución. ¡Oh siglos aquellos en que el Sol no se ponía en el acero de Toledo! Todas las espadas eran distintas: tenía cada una su carácter, su personalidad. Ahora todas son iguales, lanzadas en serie vulgar, en grandes ediciones. Además no sirven para nada frente a los aeroplanos, los submarinos, los gases asfixiantes y otras explosivas porquerías farmacéuticas. Un boticario basta ahora para dar en tierra con toda una legión de Cides y Rolandos. La espada ya no es más que un adorno arcaico, evocador del fenecido espíritu caballeresco.

Los antiguos espaderos toledanos constituían un gremio que gozaba de singulares privilegios por parte del Estado. No pagaban alcabalas ni impuestos de ningún género. La espada era sagrada para el fisco. El oficio de espadero requería ser hombre de conducta limpia, honrado y pacífico. No debían andar en broncas los que suministraban armas, no sólo a los héroes, sino a los raptos y camorristas. Los espaderos, en fin, debían ser, moralmente, el reverso de los espadachines...

EL ALMA Y EL CUERPO DE LA ESPADA

La decadencia industrial de Toledo se inició después de la muerte de Felipe II, al generalizarse las armas de fuego. Pero recibió el golpe de muerte con el advenimiento de Felipe V, que introdujo la moda del espadín francés, desterrando la espada de cazoleta, la clásica espada española. La industria había desaparecido casi completamente en tiempos de Carlos III. Quiso este monarca que surgiera de nuevo, y mandó al arquitecto Sabatini levantar una fábrica en la vega, a orillas del Tajo.

Eh manos del Estado, la fábrica agoniza desde que se fundó. El crédito universal del temple de Toledo debiera dar a España el monopolio del arma blanca en todos los mercados del mundo. "Se da el caso extraordinario—ha escrito un coronel—de que los oficiales de nuestro ejército lleven pendiente al costado un arma extranjera."

En una ocasión—hace ya más de veinte años—el Gobierno argentino pidió al español seis mil sables de Toledo. No se pudo servir el pedido porque la fábrica no estaba preparada para construirlos.

Entre tanto, los fabricantes alemanes, utilizando la marca de Toledo, inundaban y siguen inundando los mercados americanos de cuchillería y todo género de instrumentos cortantes. Jamás nuestros Gobiernos se han ocupado de impedir, con arreglo a la ley universal de marcas, el uso del nombre de Toledo para cubrir con su crédito una mercancía extranjera.

Yo no quisiera desacreditar las aguas del Tajo, a las que se atribuye una misteriosa eficacia en el tem-

6

ple de las espadas. Pero la verdad es que estas aguas lo mismo son en Toledo que en Lisboa, sin que esto quiera decir que las espadas portuguesas no fueran igualmente heroicas y mortíferas. La función del Tajo, sin embargo, parece distinta como templador de las hojas de una y otra ciudad. Tal es el juicio universal, fantástico, según el humilde mío. En realidad, la fama de las espadas toledanas no debe atribuirse al temple que les diera el agua del Tajo, sino al espíritu pendero y bronquista imperante en la capital de los godos. El temple estaba en la atmósfera social de Toledo, y no en el río.

La misión principal de un escritor es destruir errores universalmente acreditados como verdades. Es general la creencia de que la espada tiene el "alma" (así se llama el centro de la hoja) de fino acero. He visto forjar estas armas y voy a echar abajo con un mandoble de pluma este equivocado concepto aposentado en la testa del lector. El alma de la espada es de hierro, y el cuerpo, de acero. Se construye el arma con tres varillas, dos de acero y una de hierro, de callos de herradura, que va en el centro. Las tres se meten en la fragua para ser caldeadas, y el secreto de la buena elaboración consiste en que, al fundirse las tres piezas, la distribución del "alma" de hierro esté bien graduada en toda la longitud del cuerpo de acero. Parece un problema místico más que de herrería. En las caldas y la manera de batir radican la consistencia, la flexibilidad y la finura del arma. Si el "alma" fuera de acero, la espada resultaría quebradiza, se cascaría. Me estoy refiriendo, claro está, a las espadas labradas, batidas y pulimentadas a mano, no a las que se fabrican en serie en las grandes concentraciones industriales, que son—valga el dicho—como la espada de Bernardo.

Terminada el arma, es sometida a una dura prueba, consistente en acribillar a estocadas un recio tarugo de encina. La espada que sale airosa de este experimento demostrativo de la elasticidad de sus componentes, de su cuerpo de acero y alma de hierro, ya puede ir pregonando por el mundo el temple de Toledo.

Intervienen en la fabricación de las espadas unos obreros, generalmente gallegos, que merecen toda nuestra piedad. Me refiero a los que se encargan del amolado, a los que desbastan en la piedra el arma forjada. ¡Terrible oficio! El polvillo metálico y silíceo penetra en los pulmones y produce la calicosis, enfermedad mortal. A los diez o doce años de trabajo muy pocos logran salvarse. Los salarios son altos; pero todo es poco ante semejante riesgo. Es tan heroico desbastar espadas como esgrimirlas.

Queda aún en la ciudad inmortal, aunque muerta, la tradición de los buenos espaderos, representada por un pequeño grupo de maestros forjadores y hábiles artífices del cincelado. Una espada, como premio o galardón para honrar la empresa hazañosa de un bravo, no puede salir más que de Toledo. El héroe que lleva otra arma al cinto no es un héroe clásico...

Francisco GRANDMONTAGNE

(Prohibida la reproducción.)